



DEL PEREGRINO AL TURISTA

P. Ramiro Sáenz

DEL PEREGRINO AL TURISTA

Pbro. Ramiro Saenz

La imagen del turista trae a la mente inmediatamente la del peregrino, que se aleja del ritmo de la vida diaria para dirigirse a lugares sagrados.

Juan Pablo II

Cada época refleja su espíritu, sus ideales y valores en ciertas instituciones y personajes. La manifiestan con tal naturalidad, realismo y vigor que con frecuencia superan en fuerza expresiva los intentos de una definición. Un tiempo, una cultura, un pueblo, podrían ser estudiados con absoluta seriedad "científica" por el camino de estos arquetipos.

El medievo vio llegar a su esplendor una costumbre que se había gestado en el seno cristiano desde el s.IV: la *peregrinación*. Etimológicamente significa viajar lejos de su patria, a tierra extranjera. Cientos de miles emprenden el camino de Tierra Santa, las tumbas de San Pedro y San Pablo en Roma -- de donde viene el sustantivo *romería* --, de Santiago Apóstol en Galicia, el monte San Miguel en Normandía y muchos otros. Había todo un ritual, una cultura y un folclore del peregrino en oraciones, cantos, vestimentas, costumbres, etapas. Lo hacían por igual nobles y plebeyos, ricos y mendigos, pecadores y santos.

Peregrino era el creyente que marchaba hacia algún santuario para reparar un pecado o pedir una gracia. El elemento común y convocante no era ni el status, ni la cultura ni el rol social. Era la fe, la pertenencia a la Iglesia, la adoración del mismo Dios, que hacía tomar conciencia de tener un mismo Padre, y ser por encima de las diferencias sociales y culturales, profundamente iguales en la naturaleza, en las miserias morales y sobre todo en la esperanza. El *peregrino* es un mendigo que busca afanosamente las riquezas divinas, un sediento en busca de las fuentes. Va tras el *misterio* en un movimiento que va del signo a la realidad, de lo sensible a lo espiritual, de las creaturas al Creador. Deseo humano de ver y tocar aquello que tocó el Verbo humanado o sus imitadores y portadores, los santos. Es un contemplativo que va en busca de la luz que se le manifiesta al final en ese lugar distinto, ese lugar de gracia. Paso a paso se va aproximando lleno de expectativas a una cumbre, una cima que da sentido a su marcha y reposo a su alma. Era costumbre que al punto del camino donde divisaba ya el santuario se lo denominaba *mont joie* monte de la alegría. Hombre de profundas raíces, tenía familia y patria. Pero por ser un creyente y un amante, concibe la vida como una existencia *lejos del Señor* (2 Cor 5. 6) y peregrina tras de su verdadera tierra y familia: la *Jerusalén celestial*. Su mismo camino será un tramo y un signo de ese anhelo.

Su larga marcha era *ex profeso* entre fatigas y privaciones. Una especie de ascensión que era simultáneamente reparación, purificación e impetración. El arribo es una cumbre, término de una ascensión personal, triunfo del espíritu sobre la carne. Este señorío sobre sí mismo lo es también sobre las cosas que de alguna manera las posee aunque simplemente las haya contemplado en su paso, porque le han sido instrumento, medio para ese encuentro.

Las peregrinaciones hicieron nacer, también de la entraña de la misma madre, otras costumbres e instituciones de delicada sensibilidad humana o de vigoroso temple varonil: las órdenes hospitalarias que daban posada y las órdenes militares que los defendían.

Nuestro siglo también ha visto ponerse en movimiento a multitudes para dar una vuelta por el mundo, un *tour*, que más allá de las nacionalidades y credos ya tiene también su ritual, su cultura y su folclore: el *turismo*.

Al referirnos al *turista*, no designamos simplemente al que viaja sino a *un modo de viajar*, a un espíritu nacido en los tiempos modernos. ¿Cómo es?

Es, ante todo, el hombre de espíritu inquieto, incapaz del reposo del alma, que unido a una dosis de curiosidad y suficientes dólares, originan esa *pasión por viajar*. Recorrerá el mundo, pero su mirada es tan superficial como su interés. Probablemente en París valore más el *Moulin-Rouge* y las galerías *La Fayette* que la *Sainte Chapelle*; en Roma pregunte cuántos kilogramos pesa el *Moisés* de Miguel Angel y se interese por el costo de la basílica de *San Pedro* o profane filmando, sin saberlo, un acto litúrgico en *Santiago de Compostela*. Andará tras todos los *récords* de número, peso y medida. A la cacería de lo *curioso* y *pintoresco*, es un espectador que ve las cosas desde fuera. Al tratar de abarcar el máximo de ciudades y monumentos, la premura del tiempo le exigirá substituir, sin pena ni conciencia, la contemplación de tantas maravillas por fotos y filmaciones. Aunque recorra los lugares más santos o hermosos del mundo, pise tierra de héroes y santos del pasado o esté ante obras maestras de la cultura, su espíritu volverá tan vacío como salió. No tiene la capacidad de *admirarse* ni de *entusiasmarse* porque no tiene jerarquía de valores, ni pasión por la verdad, ni percepción del misterio. Todo es gris, homogéneo y aburrido simplemente porque así es su vida.

En países extraños, con frecuencia viste y se comporta de manera ridícula, o como jamás lo haría en su tierra y entre sus conocidos. Es que siente gusto del desarraigo y aprovecha ese espacio de "*libertad*" que se le ofrece.

En su *camino* evita *ex profeso* toda fatiga y esfuerzo personal. Una cuidadosa infraestructura le ofrece todas las comodidades y placeres y le evita los trabajos. Su itinerario es un descenso, un deslizarse semejante al del esquiador. Triunfo de la técnica y la economía. O mejor, de la *carne* sobre el *espíritu*.

El turismo ha hecho nacer toda una estructura comercial. Que con sospechosa cordialidad organiza el viaje según un ritual que comienza en la *agencia de turismo*. Ha desvirtuado el espíritu de los pueblos haciéndoles perder su *identidad* y su *intimidad* en la esmerada *atención al turista*, la venta de *pseudo artículos regionales* y transformando en *espectáculo comercial* sus *tradiciones más sagradas*.

* * *

A diferencia del pasado, las posibilidades actuales de viajar a otros países y continentes son cada vez mayores. Pero si hemos avanzado en medios *técnicos*, hemos retrocedido en *espíritu*. El mal no está ciertamente en viajar sino en el espíritu con que lo hacemos. Esta amplitud de medios modernos es providencial. Debe transformarse en un inédito camino que enriquezca el alma en contacto con la historia, la cultura de otros pueblos y las bellezas de la naturaleza. A las almas nobles y grandes, ¡cuántas sugerencias de admiración, gratitud y enriquecimiento les significa un simple viaje!. Tanto más si encuentra "*espacio adecuado también el aspecto religioso, ese impulso hacia el sentido trascendente de la existencia que todo viaje evoca casi naturalmente*" (Juan Pablo II). Será la manera de preservar al hombre moderno de la cultura materialista y frívola que lo amenaza. Así, con señorío cristiano, en el veloz *TGV* o en el formidable *Boeing* conservemos en el corazón el *espíritu de peregrinos*.

P. Ramiro Sáenz